

CUENTOS, POEMAS Y MÁS ...

Ilustrado por Cecilia Codoni

Plan Provincial
de Lecturas
y Escrituras



SILVIA SCHUJER

Silvia Schujer nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el profesorado en Letras, Latín y Castellano; se desempeñó en diferentes cargos de conducción en el área de Literatura infantil y Juvenil, en medios de prensa y en la Editorial Sudamericana. Entre sus más de setenta obras publicadas se encuentran: *Oliverio Junta preguntas, Puro huesos, La abuela electrónica, Canciones de cuna para dormir cachorros, Pasen y Vean.*

Ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre otros, el Premio Casa de las Américas 1986 por su obra *Cuentos y chinventos* y el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, en 1995. *Las visitas*, además, integró la lista de honor IBBY de 1994.

EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

Versión de Silvia Schujer

El héroe de esta historia le hacía honor a su fama. Era astuto, ágil, huidizo, seductor, mentiroso, vago y malentendido. En síntesis, era un zorro.

Por casualidad tenía una chacra en los alrededores. Unos cuantos metros de tierra, en verdad. Porque una chacra, lo que se dice una chacra, jamás podría compararse con esa especie de baldío en el que nuestro protagonista planificaba sus bromas de mal gusto y jugaba a la pelota.

De cualquier modo su palmo de tierra tenía, y una vez que sintió más hambre que de costumbre y todos sus otros negocios fallaron, el zorro decidió aprovecharla.

Este fue su pensamiento:

Soy bello, gentil, inteligente y grácil.

Simpático, entrador y amante de la buena vida.

Me gusta andar de viaje por el mundo, cazar gallinas, hacer bromas pesadas a los vecinos, en fin.

Pero a veces, tan buenas artes no me alcanzan para el sustento.

Ahora mismo ando con hambre y no es justo que esto le suceda a alguien cuando ese alguien soy yo.

La cuestión es que el zorro decidió buscar una solución a sus padecimientos y encontró que la mejor manera de hacerlo sería sembrando su chacra. O bueno, consiguiendo un socio que la sembrara por él.

Este fue su pensamiento (otra vez el del zorro, no el de su socio como se verá más adelante).

Conozco un compadre que

trabaja de maravillas. Como Dios manda.

Es buen labrador, rudo, tenaz, resistente y responsable. Honesto pero poco inteligente: el bocadito ideal.

Así fue como el zorro llamó al quirquincho y, disimulando su entusiasmo, le propuso un trato: formar una sociedad.

El quirquincho pondría “lo de menos”: la semilla y el trabajo.

Él, el zorro, estipularía la forma de repartir el producto.

El quirquincho aceptó y dispuso de todo lo necesario para cumplir con el pacto. Bicho de palabra, si los hay.

El zorro dio entonces las pautas de funcionamiento y, tratando de esconder sus intenciones, habló así:

Este año, compadre –dijo aclarándose la voz- para mí será lo que den las plantas arriba de la tierra, lo de abajo para usted.

Que así sea, amigo zorro –le contestó el sembrador. Pero agarrándose fuerte la cabeza se puso a pensar.

“Soy bueno pero no tarambana”

“Rudo pero no un cascote.

“No estaré lleno de luces pero tampoco me dio el apagón”

“ Algo me dice que el zorro se quiere aprovechar de mi trabajo y mis semillas. No lo puedo permitir”

La cosa es que el quirquincho sembró papas y, cuando llegó la época de la cosecha, a él le correspondieron las papas y al zorro las hojas inútiles que estas plantas dan afuera de la tierra. Molesto por tan mal negocio, el zorro cambió de opinión: Este año, compadre –dijo a su socio- será para mí lo que den las plantas por debajo de la tierra. Y lo demás para usted.

Trabajador pero de bobo ni un bigote, el quirquincho sembró trigo; cuando estuvo maduro, lo segó y llenó su granero de espigas. Al zorro le quedó una carga de raíces sin ninguna utilidad ¡Maldición! –pensó el zorro enojado- De mi no se van a burlar. Este año –dijo entonces al quirquincho- ya que usted ha tenido tantasuete con las cosechas anteriores, será para mí lo que den las plantas arriba y debajo de la tierra. Lo del medio, para usted.

Silvia Schujer

Un poco agrandado –y a esta altura bastante amarrete con semejantes ganancias- el quirquincho sembró buen maíz. En el momento preciso levantó la cosecha y llenó sus arcas de magníficas espigas.

Al zorro, nada. Le entregó una parva hecha con las cañas, los penachos y las raíces del maizal.

Tres años pasaron desde entonces, desde que empezó esta historia.

Tres años desde que el quirquincho se volvió un rico avariento y cambió hasta tal punto su forma de vida que ya nadie lo reconoce. Salvo cuando aparece en un charango.

En cuanto al zorro, nada nuevo bajo el sol.

Su comportamiento sigue haciéndole honor a su fama. Un día anda a la miseria, al otro un poquito mejor.

Perdió la chacra pero no las mañas, lo que no es tan grave pensándolo bien, porque a los que nos gustan sus cuentos nos hubiera dado mucha pena perderlo como personaje.

Silvia Schujer

